

La búsqueda del Santo Grial

Traducción e introducción de Carlos Alvar



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *La quête du Graal*

Primera edición: 1986

Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: «El rey Arturo y sus caballeros embarcan hacia Tierra Santa», miniatura de *Les merveilleux faits et gestes du chevalier Lancelot du Lac, compagnon de la Table Ronde* impreso por Antoine Verard (París 1494). Biblioteca Nazionale Universitaria, Turín.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© de la introducción y traducción: Carlos Alvar

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-305-4

Depósito legal: M. 4.933-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Introducción

La búsqueda del Santo Grial

17	I
47	II
65	III
77	IV
83	V
101	VI
153	VII
190	VIII
208	IX
249	X
268	XI
286	XII
307	XIII
309	XIV
328	XV

Introducción

De todos los textos medievales que hablan del rey Arturo, de la reina Ginebra y de los caballeros de la Mesa Redonda, es –sin duda– el *Ciclo de la Vulgata* el que tuvo mayor éxito. Esta recopilación, también denominada *Ciclo del Lanzarote-Grial* y *Ciclo de Pseudo-Map*, constituye el hito más importante de la literatura artúrica en prosa.

El tema de esta recopilación no es otro que la historia de Lanzarote, considerado por sus hazañas el mejor caballero del mundo. Él parece ser el destinado a alcanzar el Santo Grial, pero su adulterio con la reina Ginebra lo apartará definitivamente de este triunfo. No obstante, Dios le va a conceder que sea su hijo Galaz quien logre llevar a término la más excelsa de las aventuras.

La última parte de la recopilación, *La muerte del rey Arturo*, se ocupa del castigo de Lanzarote y Ginebra: sus amores serán la causa del enfrentamiento y muerte de los compañeros de la Mesa Redonda. Así termina la Edad

de Oro de la Caballería andante. Tales serían las líneas generales del ciclo, que no presentan grandes complicaciones; sin embargo, es difícil seguir las directrices cuando se está leyendo la *Vulgata*, pues hay una auténtica selva de acciones entrecruzadas: todos los personajes, todos los caballeros de la Mesa Redonda tienen vida propia y actúan de forma independiente, aunque perfectamente coordinados.

La *Vulgata* es de una extraordinaria longitud. Consta de cinco partes, que muestran los núcleos que la fueron formando: *Estoire du Graal* (*Historia del Grial*), *Merlín* (y su continuación; Siruela, *Lecturas Medievales*, 381), *Lancelot du Lac* (*Lanzarote del Lago*; Alianza Editorial, 2020), *La Queste du Saint Graal* (*La búsqueda del Santo Grial*) y *La Morte li roi Artu* (*La muerte del rey Arturo*; Alianza Editorial, Alianza Tres, 61). De las cinco partes, las tres últimas son las que han logrado mayor fama: han sido publicadas numerosísimas veces de forma independiente del resto del ciclo, recibiendo el título de *Lancelot en prose* (*Lanzarote en prosa*).

Una de las partes más originales del ciclo es la que ocupa el cuarto lugar, con el título de *La búsqueda del Santo Grial*, y cuyo asunto es el de la búsqueda de un objeto maravilloso capaz de saciar con los mejores manjares el hambre de los compañeros de la Mesa Redonda. Antes de que concluya esta aventura, con el hallazgo del objeto, se sucederán todo tipo de prodigios, y sólo tres caballeros podrán gozar de la contemplación momentánea del Vaso: Boores, Perceval y Galaz.

Lo más importante es –sin duda– que *La búsqueda* rompe con la tradición anterior para convertirse en una novela de simbología mística, pues no se trata de la búsqueda

de un objeto terrenal, sino espiritual: en efecto, sólo llegarán a la meta aquellos caballeros que han emprendido la «Aventura» debidamente confesados, con el alma limpia de todo pecado, y con los más puros pensamientos.

Como es norma feudal, el rey Arturo está reunido con sus caballeros en torno a la Mesa Redonda el día de Pentecostés. Queda un asiento libre, que será ocupado por Galaz. Al comenzar la cena aparece el Santo Grial, que colma de manjares a los comensales, saciándolos con los más extraordinarios alimentos. Es la señal para salir en su búsqueda: en la corte sólo queda el rey Arturo, apesadumbrado porque sabe que muchos de los que ahora parten no regresarán. Galaz, Perceval y Boores consiguen llegar al castillo del rey Pelés, gracias a que siempre han vivido en la castidad. En el castillo del rey, asisten a la misa celebrada por Josofes, hijo de José de Arimatea y primer obispo de la Cristiandad, que desciende del Cielo para el Sacrificio. En el momento de la Consagración, Jesucristo sale del Grial y da de comulgar a Josofes y a los caballeros elegidos. Al lado de ellos, unos ángeles sostienen la lanza de Longinos, que aún gotea sangre.

Tras esta escena, Galaz, Perceval y Boores embarcan en la nave que construyó Salomón, y llegan a Sarraz, donde presencian los más elevados secretos del Santo Grial. Galaz muere en éxtasis; Perceval se retira de la vida mundana y muere un año más tarde; Boores regresa a la corte para contar lo ocurrido. El rey Arturo ordena que sus clérigos anoten todo fielmente y lo recojan en un libro que se guardará en las bibliotecas de Salesbieres (Salisbury) para memoria y ejemplo de todos.

No es necesario señalar el evidente paralelismo de *La búsqueda* con distintos momentos de la vida de Jesús: la asamblea de los caballeros el día de Pentecostés, la aparición del Santo Grial y la partida de los compañeros, tienen una clara analogía con la llegada del Espíritu Santo y la marcha de los Apóstoles que recorrerán el mundo. El Asiento Peligroso, vacío en la Mesa Redonda, es –posiblemente– el lugar que debería haber ocupado Judas.

El simbolismo queda claro en Galaz («puro entre los puros»), cuya vida sigue la de Jesús: es esperado por todos desde hace siglos como el salvador que dará fin a las aventuras más extrañas. Por si fuera poco, este carácter simbólico queda subrayado de forma notable con frecuentes interpretaciones alegóricas que, por lo general, nos llevan a una visión cisterciense del mundo: el triunfo final de *La búsqueda* sólo se producirá en el momento en que el caballero escogido desee conocer los secretos de Nuestro Señor y sea asistido por la divina gracia. En definitiva, es la doctrina de Bernardo de Claraaval la que guía al autor: sólo la humildad nos impulsa hacia Dios; el orgullo es el peor enemigo del hombre; hay que amar a Dios sin esperar recompensas y sólo si Dios quiere puede llegar la unión espiritual anhelada por los místicos.

Para adecuar la materia tradicional al espíritu del Císter, el autor ha tenido que sacrificar numerosos detalles y –lo que es más importante– ha caracterizado a los héroes de acuerdo con una idea religiosa: a la llamada del Santo Grial acuden unos caballeros sin preocuparse por sus almas; el orgullo y la soberbia les perderán: tal es el caso de Galván, condenado por su apego a los bienes terrenales. Otros, se han arrepentido de sus pecados a

tiempo; entre éstos destaca Lanzarote, que libra una dura batalla por su amor a la reina Ginebra; su mayor deseo es conseguir la paz interna; al confesar –tras numerosas ambigüedades– sus relaciones adúlteras, le brotan lágrimas de auténtico arrepentimiento. Su confianza en Dios se ve premiada con un brevísimo éxtasis en el que puede contemplar el Santo Grial, pero sus antiguos pecados le impiden disfrutar de la plenitud de esta visión.

Por último, volviendo a las doctrinas de San Bernardo, podemos comprender por qué son tres los elegidos: Boores representa la ascética; su triunfo final viene marcado por un largo camino de sacrificios y privaciones. Perceval está imbuido de gracia ya desde el principio; su salvación depende en gran manera de la ayuda divina: no son las mortificaciones las que le hacen salir airoso ante la tentación, sino la mano de Dios, que le protege en última instancia; Perceval triunfa gracias a su cándida inocencia. Pero de todos, Galaz es el más significativo: en él se juntan un profundo ascetismo y la gracia divina; la fusión de estos dos elementos va a hacer de Galaz el modelo de santidad que todo buen caballero debe imitar; él mismo –a su vez– es el reflejo de Jesucristo, no tiene que sufrir tentaciones, no hay obstáculos que impidan el deseo divino. Su presencia en *La búsqueda* se debe –sobre todo– a los demás: es el ejemplo vivo de lo que los compañeros de la Mesa Redonda deberían hacer.

A pesar del influjo cisterciense y de la simbología cristiana, no se debe pensar que el autor de *La búsqueda* pretendía llevar a cabo una obra propagandística; simplemente, procuró ver la tradición desde otro punto de vista, y lo consiguió de forma magistral.

El éxito que tuvo la obra en Francia traspasó con relativa rapidez los Pirineos: en toda la Península se pueden rastrear huellas de *La búsqueda*, pero es difícil establecer si proceden del texto que ofrecemos al lector o si, por el contrario, tuvieron su origen en alguna de las versiones anteriores. En cualquier caso, hay que señalar en la Península tres textos relacionados con el tema que nos ocupa: la *Storia del Sant Grasal* en catalán, de finales del siglo XIV, y, sobre todo, *A Demanda do Santo Graal*, en portugués (copiada entre 1400 y 1438), y *La demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo* (Toledo, 1515, y Sevilla, 1535). Tanto el texto portugués como el castellano tienen considerables lagunas, a la vez que son importantes los cruces que presentan con un *Tristán* en prosa.

La presente traducción fue publicada con el título de *Demanda del Santo Graal* en Madrid, Editora Nacional, 1980. He introducido numerosas modificaciones, con la intención de unificar criterios con la versión de *La muerte del rey Arturo*, publicada en esta misma serie. El texto que seguí en la *Demanda*, y que ahora he retomado, es el del manuscrito K (Palais des Arts de Lyon, Ms. núm. 77 publicado por A. Pauphilet): el francés medieval de este manuscrito y su pulcritud hacen pensar a A. Pauphilet que es una de las mejores copias conservadas. Por lo demás, he evitado algunos arcaísmos intencionados que introduce en la primera traducción de este texto, y he restituido a la obra la estructura original, que carecía de divisiones en capítulos.

Carlos Alvar

La búsqueda del Santo Grial

I

La víspera de Pentecostés, cuando los compañeros de la Mesa Redonda habían llegado a Camaloc, después de haber oído los oficios, cuando iban a colocarles las mesas a la hora de nona, entonces entró en la sala a caballo una bellísima doncella; había venido muy deprisa, como bien se podía apreciar, pues sus cabellos estaban aún empapados de sudor. Descabalgó y se dirigió al rey; éste la saluda y le dice que Dios la bendiga.

–Señor –dice ella–, por Dios, indicadme si Lanzarote se encuentra aquí.

–En verdad que sí –responde el rey–, vedlo ahí.

Lo señala y ella se dirige a donde está, diciéndole:

–Lanzarote, os comunico, de parte del rey Pelés, que debéis acompañarme al bosque.

Él le pregunta que de quién es.

–Soy –contesta– de aquel de quien os he hablado.

–¿Y para qué me necesitáis?

–Eso ya lo veréis –le responde aquélla.

–Por Dios, iré con gusto.

Entonces ordena a un escudero que ensille su caballo y le traiga las armas. Al instante está hecho todo. Cuando el rey y los demás que estaban presentes ven esto, les pesa mucho, pero como se dan cuenta de que no conseguirán que se quede, le dejan ir. La reina le pregunta:

–Lanzarote, ¿acaso nos vais a abandonar un día tan señalado como hoy?

–Señora –le responde la doncella–, sabed que lo tendréis de nuevo aquí mañana antes de la hora de cenar.

–Id entonces –dice–, pues, si mañana no volviera, no iría hoy con mi consentimiento.

Montan Lanzarote y la doncella y se marchan sin más despedidas y sin más compañía que un escudero que había venido con la doncella. Cuando salen de Camaloc, cabalgan sin detenerse hasta que llegan al bosque. Toman el gran camino y avanzan más de media legua, hasta llegar a un valle. Entonces contemplan ante ellos, perpendicular al camino, una abadía de monjas: la doncella se dirige hacia allá en cuanto se ha acercado un poco. Al llegar a la puerta, llama el escudero, les abren, descabalgan y entran. En cuanto supieron los de dentro que Lanzarote había llegado, corren todos a su encuentro expresándole una gran alegría. Lo llevaron a una habitación, donde fue desarmado: allí vio acostados sobre sendos lechos a sus primos Boores y Lionel. Se sorprende. Los despierta, y cuando éstos lo ven, lo abrazan y besan con gran alegría para todos.

–Noble señor –dice Boores a Lanzarote–, ¿qué aventura os ha traído aquí? Pensábamos encontraros en Camaloc.

Él les cuenta cómo una doncella le ha llevado allí, pero no sabe aún por qué.

Mientras hablaban así, entraron tres monjas que iban detrás de Galaz, muchacho tan hermoso y tan bien proporcionado en todos sus miembros que apenas encontraréis otro semejante en el mundo. La que era más alta dama lo llevaba por la mano y lloraba muy tiernamente. Al llegar ante Lanzarote, le dijo:

–Señor, os traigo a nuestro criado, nuestro gozo, nuestra protección y nuestra esperanza, para que lo hagáis caballero, pues, a nuestro entender, de nadie más noble que vos podría recibir la orden de caballería.

Él mira al niño y lo ve adornado tan maravillosamente con todas las bellezas, que piensa no haber visto jamás a nadie de su edad con una figura tan perfecta de hombre. Por la sencillez que se ve en él, espera que haga tantos bienes, que le agrada prepararle para caballero. Responde a las damas que no se preocupen por esto, pues con gusto lo hará caballero, ya que así lo desean.

–Señor –dice la que lo llevaba–, queremos que sea esta noche o mañana.

–Por Dios –responde–, será como queréis.

Aquella noche permaneció allí Lanzarote e hizo que el doncel velara en el monasterio; la mañana siguiente, a la hora de prima, lo armó caballero: le calzó una de las espuelas y le dio el espaldarazo, deseándole que Dios lo hiciera noble caballero, pues no le faltaba ninguna virtud. Cuando había cumplido con todo lo que a novel caballero pertenece, le dijo:

–Noble señor, ¿vendréis conmigo a la corte de mi señor el rey Arturo?

–Señor –le responde–, en absoluto, no iré con vos.

Lanzarote, dirigiéndose a la abadesa, le dice:

–Señora, permitid que nuestro novel caballero nos acompañe a la corte del rey mi señor, pues allí aumentará su condición bastante más que si se queda aquí con vos.

–Señor –le responde–, no irá ahora; pero tan pronto como creamos que es justo y necesario lo enviaremos.

Entonces se va Lanzarote junto con sus compañeros; cabalgan todos hasta llegar a Camaloc a la hora de tercia; el rey había ido al monasterio a oír misa, acompañado de numerosos nobles. Cuando llegaron, los tres primos descabalgaron en el patio y subieron a la sala de arriba. Allí empezaron a hablar del niño que Lanzarote había nombrado caballero; Boores decía que no había visto nunca a nadie que se pareciese tanto a Lanzarote como aquél.

–Y ciertamente –añadió–, creería que éste es Galaz, el que fue engendrado en la hermosa hija del Rico Rey Pescador, pues se parece de manera asombrosa a ese linaje y al nuestro.

–En verdad –decía Lionel–, bien creo que lo sea, pues se asemeja mucho a mi señor.

Largo rato hablaron de este tema por ver si lograban sacar algo de la boca de Lanzarote, pero éste no les respondía.

Al dejar de hablar de esto, dirigieron la mirada a los asientos de la Mesa Redonda y encontraron escrito en cada uno de ellos: «AQUÍ DEBE SENTARSE FULANO.» Fueron mirando así todos los asientos hasta que llegaron al sillón que se llamaba el Asiento Peligroso, allí encontra-

ron letras, recién escritas al parecer, que decían: «HAN PASADO 454 AÑOS DESDE LA PASIÓN DE JESUCRISTO; EL DÍA DE PENTECOSTÉS DEBE ENCONTRAR DUEÑO ESTE ASIENTO.» Al ver estas letras, se dicen unos a otros:

–Por la fe, ¡he aquí una aventura maravillosa!

–En nombre de Dios –exclamó Lanzarote–, el que quiera sacar la cuenta desde la Resurrección de Nuestro Señor hasta ahora, hallará, al menos así lo creo, que hoy debe ser ocupado este puesto, ya que es el día de Pentecostés del año cuatrocientos cincuenta y cuatro. Desearía que ninguno de los que vengan hoy vea estas letras, pues tendrá que someterse a esta aventura.

Dicen que las ocultarán a la vista: hacen traer un velo de seda y lo echan por encima del asiento para tapar las letras.

Al volver el rey del monasterio, vio que Lanzarote había regresado y que había traído a Boores y Lionel, lo cual le alegró mucho. Les dio la bienvenida y entonces comenzó la fiesta, grande y maravillosa, pues los compañeros de la Mesa Redonda estaban muy contentos con el regreso de los dos hermanos.

Galván les pregunta cómo les fue desde que marcharon de la corte, a lo que ellos responden:

–Bien, gracias a Dios –ya que estuvieron siempre sanos y salvos.

–En verdad –continúa Galván–, eso me agrada mucho.

Grande es la alegría que los de la corte tienen por Boores y Lionel, pues hacía mucho que no los habían visto.

El rey ordena que sean colocados los manteles, porque ya es hora de comer, al menos eso cree.

–Señor –dice Keu el senescal–, si os sentáis a comer, me parece que quebraríais la costumbre que hasta aquí

habéis mantenido: hemos visto que vos, en las fiestas solemnes, no os sentabais a la mesa sin que hubiese ocurrido en la corte una aventura ante todos los nobles de vuestro séquito.

–Cierto –responde el rey–, Keu, decís verdad; yo he mantenido siempre esta costumbre y la seguiré manteniendo tanto tiempo como pueda, pero estaba tan contento por Lanzarote y sus primos que han vuelto a la corte sanos y salvos, que no me había acordado de la costumbre.

–Por eso os lo recuerdo –dice Keu.

Mientras hablaban así, entró un criado que dijo al rey:

–Señor, os traigo noticias muy maravillosas.

–¿Cuáles? –pregunta el rey–. Dímelas pronto.

–Señor, ahí abajo, al pie de vuestro palacio, hay un gran escalón y he visto cómo flotaba por encima del agua. Venid a verlo, pues sé que es éste un acontecimiento sorprendente.

Desciende el rey para contemplar esta maravilla y lo siguen todos los demás. Al llegar al río, se encuentran el escalón de mármol rojo sobre el agua; encima del escalón estaba clavada una espada que parecía muy hermosa y rica y en cuya cruz, que era de una piedra preciosa, había algo escrito con letras de oro y con gran habilidad. Los nobles leyeron la inscripción, que decía:

«NADIE ME SACARÁ DE AQUÍ, A NO SER AQUEL DE CUYO COSTADO DEBO COLGAR. ÉSE SERÁ EL MEJOR CABALLERO DEL MUNDO.»

Cuando el rey ve estas letras, dice a Lanzarote:

–Buen señor, esta espada os corresponde en buena justicia, pues bien sé que sois el mejor caballero del mundo.

Avergonzado, responde:

–Ciertamente, señor, ni la espada me corresponde, ni yo tendría el valor ni el atrevimiento de tocarla, pues de ninguna forma soy digno ni el adecuado para tomarla; por eso, me abstendré y no la tocaré: sería una locura si pretendiera hacerme con ella.

–De todas formas –dice el rey–, intentaréis sacarla.

–Señor –contesta–, no lo haré: bien sé que no habrá quien lo intente en vano que no sea castigado con alguna herida.

–Y vos, ¿qué sabéis? –le pregunta el rey.

–Señor –le vuelve a responder–, bien lo sé; y, además, os digo otra cosa: quiero que sepáis que en el día de hoy comenzarán las grandes aventuras y las grandes maravillas del Santo Grial.

Cuando el rey oye que Lanzarote no lo hará de ninguna forma, le dice a mi señor Galván:

–Buen sobrino, probad vos.

–Señor –le responde Galván–, salva sea vuestra gracia, ya que mi señor Lanzarote no lo quiere intentar, yo tampoco lo haré. De ninguna manera pondré la mano sobre la espada, pues bien sabéis que él es, con diferencia, mejor caballero que yo.

–De todas formas, lo vas a intentar porque así lo ordeno yo, y no por conseguir la espada.

Galván tiende la mano, toma la espada por el puño y tira con todas sus fuerzas, pero no puede sacarla. El rey le dice entonces:

–Buen sobrino, dejadla, que ya habéis cumplido mi orden.

–Señor Galván –dice Lanzarote–, sabed ahora que esta espada os herirá de tan cerca, que no habríais deseado tenerla ni siquiera a cambio de un castillo.

–Señor –contesta Galván–, no pude evitarlo de otra manera, aunque ahora deba morir; lo hice por cumplir la voluntad de mi señor.

Al oír esto, el rey se arrepiente de habérselo ordenado a mi señor Galván.

Entonces le dice a Perceval que lo intente también a lo que éste le contesta que lo hará con gusto para que Galván no sea el único. Coge la espada y tira, pero no puede arrancarla. Entonces todos creen a Lanzarote y piensan que las letras de la cruz son verdaderas; no hay ya nadie tan osado que se atreva a tocarla. Keu dice al rey:

–Señor, señor, por mi cabeza, ahora podéis sentaros a comer cuando queráis, pues, según me parece, no ha faltado la aventura.

–Vayamos pues –dice el rey–, ya es tiempo.

Se van entonces los caballeros de aquel lugar dejando el escalón en el río; y el rey manda que remansen el agua. Después, se sienta en un alto trono y los compañeros de la Mesa Redonda ocupan cada uno su puesto. Aquel día sirvieron la mesa cuatro reyes coronados con otros tantos hombres notables, lo cual era digno de admiración. Cuando ya estaban sentados, se dieron cuenta de que habían venido todos los compañeros de la Mesa Redonda y que todos los asientos estaban ocupados, excepto el que se llamaba el Asiento Peligroso.

Se habían comido ya el primer plato, cuando les sucedió una cosa maravillosa: todas las puertas y ventanas del salón donde comían se cerraron solas, sin que nadie las tocara, pero la sala no se oscureció, por lo cual se admiraron los simples y los sabios. El rey Arturo, que habló el primero, dijo:

–Por Dios, nobles señores, hoy hemos visto cosas maravillosas aquí y en el río, pero bien creo que aún las veremos mucho mayores esta misma noche.

Mientras que el rey hablaba así, entró un hombre viejo y anciano vestido con una túnica blanca: no había caballero allí dentro que pudiera saber por dónde había entrado. El anciano venía a pie y traía de la mano a un caballero vestido con armadura bermeja, sin espada y sin escudo. Cuando hubo llegado al centro de la sala, dijo:

–La paz sea con vos.

Después se dirigió al rey, diciéndole:

–Rey Arturo, te traigo al Caballero Deseado, del alto linaje del rey David y emparentado con José de Arimatea. Con él culminarán las maravillas de este país y de tierras extrañas. Helo aquí.

El rey se alegra mucho con esta noticia y le dice al buen hombre:

–Señor, bienvenido seréis si esto es cierto y que sea bienvenido también el caballero. Si éste es el que esperamos para dar fin a las aventuras del Santo Grial, nunca habremos tenido una alegría tan grande por nadie, como la que tendremos por él. Y sea quien sea, éste o cualquier otro, le deseo mucho bien, pues parece tan gentil y de tan alto linaje como vos decís.

–Por mi fe –dijo el hombre–, en breve veréis el comienzo.

Entonces hizo que desarmaran al caballero: dejó a un lado el cendal bermejo y le ruega que se abroche al hombro un manto del mismo color que llevaba a la espalda hecho de jamete, forrado por dentro de armiño blanco. Cuando le hubo vestido y arreglado, le dijo: